

no le plaze de la salvación de los onbres, hízoles mudar de propósito»; y más racionalmente concluía: «creo que fué la causa vernos tan pocos». Así, estando a la espera de su llegada para el bautismo, «... dan sobre nosotros tres o quatro mil yndios de guerra... y como llegaron de golpe a la plaza arremetieron a nosotros y nosotros a ellos... Y después de habernos derrivado seys o siete onbres en el suelo heridos, y llevarnos un onbre en peso, vivo, sin querello matar a lo que parecía, aviendo yo arremetido con los cavallos y andando entre ellos pusiéronse en huyda, y seguido el alcance por los nuestros y acuchillándolos de pie los que podían y los de cavallo alanceando los que topávamos, hechámoslos fuera del pueblo... no consentí que nadie pasase adelante, porque me pareció que si en el campo nos tobiesen verían que heramos tan pocos que osarían bolver sobre nosotros y que no bastaríamos con ellos; y aún también se me acordó que quedava la posada sola con el oro y la ropa, y que los del pueblo podría ser que no nos fuesen leales... y por esto lo más presto que pude truxe mi gentezilla, aunque en los ánimos más que gente, a ponella otra vez en orden delante de mi posada... aunque después de vista la flaqueza de nuestra gente y (que) los heridos y el oro se aventuraba... y de los del pueblo no teníamos seguridad, con este parecer me torné de allí con pensamiento que, buelto a tierra de cristianos, aunque estaba bien lexos, podía tomar alguna más gente y cavallos y tornar a castigar y hazer de pazes aquella gente.»

Así finalizó la progresión por tierra, hacia Poniente, de Gil González Dávila. Pero su retorno hasta el golfo de San Vicente, por tierras antes pacificadas, también tuvo que hacerlo combatiendo «pues como el gran cacique Nicaragua, por do yo avía pasado, supiese que yo me venía despues de aver peleado con el otro Diriangen y sus valedores, y supiese que llevávamos cantidad de oro, pensó él y los suyos tomárnoslo y matarnos, según lo que después pareció, que por muy estenso va sabida la verdad dello...; al pasar de su pueblo, puse esa poquilla de gente que traya, que hera hasta sesenta onbres sanos, en la mejor orden que me pareció... y desta manera pasé por el pueblo; ya que estavamos fuera del, comiençan yndios a venir y dezir a los yndios que nos llevaban las cargas que las soltasen y huyesen con ellas... súpitamente comiençan a salir gente con armas y de guerra del pueblo... y la gente que del pueblo salía hera ynnumerable y mucha parte dellos con arcos y flechas, y comiençan a llegarse a nosotros con la mayor grita del mundo tirando flechas... plugo a Dios y a su bendita Madre que ningún onbre ni oro perdimos... Esa noche puse en orden la gente, así los dolientes e heridos que trayamos, como la gente sana... y hecho esto, a media noche, con la luna me partí... y puestos en esa orden caminé esa noche y todas las otras y los días hasta que llegué al golfo de San Viceynte, donde nos despartimos yo y Andrés Niño, quando fué a descubrir, y hallé que avía ocho o diez días que heran venidos y que avían descubierto trescientas e cinquenta leguas del golfo de San Viceynte al Poniente... llegaron por la costa hasta ponerse en diez e siete grados e medio...³⁹ Llegado yo al golfo de San Viceynte, hallé que el navío mayor de los quatro que teníamos no se podía tener encima del agua, y en los otros y en canoas de yndios me embarqué con toda la gente, aunque con harta aventura, y bine, mediante Dios, a

³⁹ La expedición marítima de Andrés Niño llegó hasta el golfo mejicano de Tehuantepec.

Panamá, con harto riesgo por la falta de los navíos, adonde hize fundir el oro conforme a la ynstrucción que vuestra magestad me mandó dar.»

Concluía Gil González Dávila su Relación al monarca, confirmando el haber mantenido en su expedición una política pacificadora de los territorios descubiertos, pese a que su interés personal y beneficio particular habría radicado en saquear o hacer la guerra a aquellos pueblos, según derecho que le reconocía la instrucción real de la expedición: «Si vuestra magestad —decía— quisiere ver bien probada la yntinción que tube en hazer los caciques que topé de paz, ha de saber que vuestra magestad me haze merced en mi ynstrucción que de todas las cabalgadas o presas que hiziere aya quatrocientos ducados de valor, valiendo la dicha cavalgada o presa diez mill ducados, y si valiere menos la veyntena parte; y tube tanta gana de hazellos de paz que jamás hize en ellos presa ni cavalgada ninguna, puesto que muchos dellos dieron causa a que se hiziese, y por esto de todos ciento y doze mill castellanos de oro, que me pudiera caber *quatro mill castellanos y más*, no quise tomar como capitán sino una patena de oro que pesó ciento e quarenta e quatro pesos de oro; testigos de esto son los oficiales de vuestra magestad que allá van, a los quales en esto me remito ⁴⁰.

El resultado de la expedición autorizaba a Gil González Dávila a concluir su escrito con expresiones de justo orgullo por el éxito logrado: «Enbió Relación de todas las cosas y hechos que con los caciques me acaescieron, como dellos da fee un escrivano que dello tubo cargo desde que el descubrimiento se començo hasta bolver a Panamá, en lo qual, demás de otras cosas muchas, vuestra magestad podrá ver que a ningún capitán delos que a estas partes han pasado no ha hecho Dios tanto favor como a mi, lo qual todo creo ha manado de la buena ventura de vuestra magestad, porque cinco o seys cosas señaladas que me han acaescido, nunca ninguno gozó dellas como yo: la primera, *que nunca ninguno descubrió tantas leguas a pie por tierra nueva como yo y con tan poca gente*; la segunda, *que nunca ninguno tornó tantos cristianos, porque se baptizaron 32 mill y tantos pidiéndolo ellos*; la tercera, *que nunca ninguno sacó de un entrada tanto número de castellanos de oro*; la quarta, *que nunca ninguno peleó con tantos yndios las veces que yo, que no le matasen algún cristiano como a mí*; la quinta, *que nunca ninguno ha venido a descubrir, que no bolbiese perdidos los dineros de la costa sino yo*, por lo qual Dios Nuestro Señor sea loado por siempre.»

El informe de Gil González Dávila se completaba con un cómputo del Tesorero de la expedición, Andrés de Cerezeda, que reproducimos literalmente, y que permite conocer los pueblos con los que se tomó contacto, el itinerario seguido, la riqueza obtenida y las conversiones logradas. (Los datos numéricos aportados por Cerezeda quedan tabulados en el cuadro I.)

⁴⁰ Portadores del oro remitido a España por Gil González Dávila fueron el Tesorero real Andrés de Cerezeda y el Contador real Francisco de Salazar. También traían para el Emperador la Relación escrita del descubrimiento.

Cuadro I

Referencia	CONVERSIONES	ORO		LEGUAS	
	(Animas)	Pesos	Tomines	Mar	Tierra
1	184	1.844	7	50	
2	—	86	4	15	
3	37	1.095	4	12	
4	6	39	4		
5	8	54			5
6	44	339			6
7	64	90			3
8	47	433	6		10
9	13	465			8
10	6	418	4		9
11	3	541			12
12	—	112			13
13	6	2.349	2		4
14	6	25	4		10
15	29	217	10		5
16	57	1.205			8
17	57	1.008	2		6
18	28	433	4		20
19	477	5.176	6		7
20	713	6.063	6		5
21	—	683	2		6
22	—	133			4
23	1.016	657	4		2
24	1.118	3.257			3
25	6.063	13.442			5
26	—	—			5
27	210	850	8		16
28	150	133	6		8
29	6	172			5
30	134	198	4		5
31	137	259			10
32	9.017	18.506			6
33	12.607	52.252			6
34	—				12
	32.243	112.534	87	77	224